

Orar desde lo cotidiano: La experiencia del Resucitado en nuestra vida hoy

En mi ámbito profesional observo que se va dando, cada vez más, la necesidad de una experiencia que no sea teórica, en el campo religioso; desde el campo terapéutico, observo que, en la medida que la persona cura sus heridas, se recompone, y lleva de nuevo las riendas de su vida, vuelve a preguntarse por lo trascendente y sobre cómo poder ayudar a otros que pasan por esas circunstancias.

Quiero comenzar aclarando el concepto de espiritualidad, porque siempre que hablamos de orar, nos remontamos a lo espiritual. El Diccionario de la Real Academia, cuando habla de “espiritual”, tiene cuatro acepciones: “anímico” o “psíquico”, “inmaterial”, “espíritu como oposición a materia” y “en el uso habitual de nuestra lengua, la palabra espiritual se utiliza para expresar lo opuesto a lo material, corporal y temporal”. Con esta concepción en la que nos hemos movido, hemos arrastrado un bagaje de dificultades a la hora de hacer una experiencia religiosa hoy. Hace años decía José María Castillo que “cuando hablamos de espiritualidad, nos referimos a algo que no existe tal como lo imaginamos, porque en nuestra vida real no existe ninguna realidad que no esté vinculada a lo material y temporal. Lo espiritual se convierte así en una abstracción, y ello conlleva una serie de comportamientos que, de hecho, degradan la espiritualidad; es decir, deshumanizamos la espiritualidad”.

Lo que yo quisiera, a través de esta reflexión, es que podamos llegar a esa experiencia más contemplativa desde lo real y cotidiano. Podríamos decir que lo más entrañablemente humano resulta ajeno, muchas veces, a lo religioso. Sobre todo,

hemos caído en una antropología dualista que hace toda una oposición entre lo que nos parece religioso, espiritual, y lo que nos parece satisfactorio, material o más humano. Esta especie de separación también ha roto interiormente mucho a las personas, a la hora de una búsqueda de Dios. Dedicarse a las cosas divinas, como la oración, era algo religioso, espiritual, y se oponía a todo lo que era el campo de la relación humana, la cultura, la política, las cosas cotidianas, hacer la comida... aunque Santa Teresa nos hubiera dicho que “entre los pucheros también está el Señor”. Nos parecía que lo más espiritual eran los ámbitos concretos donde teníamos el culto, o algún pensamiento piadoso que no siempre estaba en conexión con lo que estábamos viviendo. Era algo así, como que, el esfuerzo por transformar el mundo, la búsqueda de felicidad, incluso el descanso necesario para sentirnos bien como personas, eran campos ajenos a la espiritualidad.

En el mundo cultural semita, como sabemos muy bien por la Biblia, espíritu no se opone a materia ni a cuerpo, sino a maldad, a carne muerta, o a ley, la ley, lo que ata, era contrario al espíritu. Desde la Biblia, vemos que espíritu -de donde vendrá espiritual- significa vida, construcción, fuerza, libertad. El espíritu, se nos dice en el primer capítulo del Génesis, al hablar de la creación, no es algo que está fuera de la materia, sino dentro; habita la materia, el cuerpo, la realidad, y le da vida; el espíritu les hace ser lo que son, los llena de fuerza, los mueve, impulsa, lanza al crecimiento, a la creatividad, en un ímpetu de libertad. Diríamos que el espíritu es como el ámbito de la respiración; el espíritu no es otra vida, sino lo mejor de la vida, desde donde vivimos.

En conclusión, podríamos decir que el espíritu de una persona es lo más hondo de su propio ser, sus motivaciones últimas, su ideal, su utopía, su pasión, la mística por la que vive y lucha, y con la cual contagia a los demás. El espíritu sería, por tanto, la dimensión de más profunda calidad que el ser humano tiene, y definiríamos la espiritualidad de una persona como su talla humana.

Por supuesto que la vida del espíritu, la vida espiritual, supone un cultivo de espacios de acogida, silenciosos, abiertos a la contemplación, pero también supone el talante con el que afrontamos lo real. Una espiritualidad que nos separe de la realidad, que nos separe del compromiso histórico, que nos separe de la solidaridad, que nos lleve a un intimismo cerrado "Dios y yo", sería una espiritualidad falsa. Y, desde la psicología, muchas veces será objeto de proyecciones, de necesidades ocultas que lleva el ser humano, y que atribuimos a Dios.

Actualmente, entre los distintos grupos que conozco, observo que las personas estamos un tanto cansadas de palabras, de conceptos y que, cuando hablamos de oración o de experiencia religiosa, lo que buscamos son experiencias... Ignacio de Loyola decía, hace ya cinco siglos, que "no el mucho saber harta y satisface el ánimo, sino el sentir y gustar internamente". Hoy ya no vivimos de conceptos, que nos vienen desde fuera, a nivel teórico. De ahí, la importancia que va a tener la espiritualidad hoy, el saber encontrarnos con lo hondo de nuestro ser, saber escucharnos, saber contactar con nuestros sentimientos, con lo más profundo de nuestro ser. Vivimos un tiempo en que vamos extenuados por el estrés, la velocidad y estamos muy volcados hacia lo exterior. Desde los medios de comunicación tenemos una presión enorme que tiene mucha fuerza en el ser que no tiene seguridad en sí mismo. Cuando una persona no se ha encontrado

con su profundidad, es carne de cañón para todas las presiones psicológicas del entorno, lo que será aprovechado desde la propaganda para incitarnos a nuevas necesidades de mayor consumo. Por tanto, son muy importantes esos espacios donde la persona empieza a encontrarse con ella positivamente, sin darse miedo. Yo encuentro personas que no reflexionan, que no oran, que no se escuchan, porque tienen miedo a escucharse y encontrarse con una gran culpabilidad; son personas que tienen restos de una religión que nos ha llenado de normas y de culpas muchas veces por no llegar a ser tan perfectos como el ideal que se proponía; hemos vivido desde muchos moralismos que han agobiado al ser humano.

Desde diversos ámbitos buscamos actualmente espacios que nos sanen, que sanen a la persona en su totalidad. Antes teníamos una idea de salvación muy distanciada de la realidad, parecía que era para la otra vida; hoy hablamos de sanación. En el evangelio vemos aquella mujer que se endereza, aquel hombre paralítico que comienza a andar...son espacios donde el ser humano comienza a vivir como persona, porque la experiencia evangélica más

radical es de vida, *Yo he venido para que tengáis vida y vida abundante*, dice Jesús. Y tener vida es tener confianza en uno mismo, es tener unas relaciones que nos dignifican y que ayudan a crecer a todos; es tener una experiencia honda que le va dando sentido a la vida; es, desde el ámbito creyente, percibir en medio de lo cotidiano y de lo real, que algo vivo está brotando.

Creo que el Espíritu nos está trabajando desde dentro. Podemos decir que actualmente se practica menos, pero surge, cada vez con una fuerza mayor, la búsqueda de lo religioso. Es verdad que muchas veces lo hace de formas que podríamos denominar



poco apropiadas, e incluso negativas: por ejemplo, el campo de las sectas, también la fuerza que está adquiriendo el culto en determinados lugares, las cosas de manifestación mas externa, como procesiones, etc. que vuelven a cobrar una fuerza muy grande. Hace poco, tuve en terapia, una chica que venía de Japón y que afirmaba no creer en nada porque de niña le habían culpabilizado muchas veces, todo era pecado... se había liberado de lo religioso para quitarse aquellas culpas, y sin embargo añadía: "Cuando voy en el avión, tengo un miedo terrorífico y ¡no veas cómo rezo!".

Si resulta que en la vida Dios nos sale al encuentro y nos habla en lo profundo de nuestro ser, ¿de dónde procede que muchas veces nos quejemos de no encontrar a Dios, de no saber orar, de tener crisis de fe, de no saber por dónde caminar? Las crisis son patrimonio de la humanidad, y creo que tenemos derecho a tener crisis, porque crecemos en la vida y determinados ropajes dejan de sernos útiles. El ser humano es buscador, el ser humano está lleno de anhelo, buscamos y buscamos y seguimos buscando... y muchas veces esperamos que otros nos den algo que satisfaga nuestra sed profunda. Incluso en el ámbito de la familia, las expectativas que hay en la pareja son muy superiores a lo real, y se hace mucho daño cuando se pide al otro que llene ese hueco y no puede; hay una necesidad oculta dentro del ser humano, que no te llena ni siquiera la persona más querida.

Hay una necesidad enorme, un anhelo, que cuando abrimos la puerta, nos va llevando al plano trascendente, hacia lo de Dios. Una clave muy importante para nosotros los creyentes, es vivir lo cotidiano, vivir nuestra fe desde la categoría del encuentro. Esta clave va a ser fundamental para nuestra experiencia religiosa.

Schillebeckx, teólogo holandés, dice *en la fe cristiana todo comenzó con un encuentro, el encuentro de aquellos hombres con Jesús de Nazaret*. Aquellos hombres lo transmitieron a otros y así ha llegado hasta nuestros días, más o menos contaminada por los medios, la experiencia de Jesús. *Lo importante es que nos ha llegado la experiencia de*

aquel encuentro, porque lo que les cambió fue "que se encontraron", no que les leyeron unas verdades o que les enunciaron una bella teoría sobre Dios, sino que **se encontraron. Cuando nosotros queremos hacer experiencia orante, lo que buscamos es "encuentro"**. En la Biblia, vemos que el anhelo más profundo del hombre oriental era *ser mirado misericordiosamente por Dios*, es decir, encontrarse con la bondad de la mirada de Dios que sana, libera, reconforta... El encuentro con Dios es liberador. Cuando una experiencia de oración o una experiencia creyente nos llena de culpabilidades o de angustias, no es una experiencia de Dios; Dios es liberador, es sanador, Dios ilumina, Dios afecta lo profundo de nuestro ser.

En el Evangelio de Mateo (7,7), Jesús nos dice: *Buscad y encontraréis.....el que busca encuentra...* Jesús habla también de sí mismo con la imagen del buen pastor que nos busca. Quisiera detenerme especialmente en los textos del Resucitado, retomar los textos de aquellos hombres asustados que se creían absolutamente perdidos desde la muerte de Jesús y que lo experimentaron en sus vidas, se encontraron con El y tuvieron fuerza para enfrentar aquella realidad que, en sí misma parece que no cambia nada, pero a ellos les había nacido nuevamente la esperanza en el corazón.

Lo primero que vemos en estos textos es como el mismo Jesús sale al encuentro de aquellos hombres y mujeres en sus distintas crisis. Vemos a aquellas mujeres que van a hacer su duelo-psicológico también- al sepulcro, porque sentían la injusticia de que hubieran matado al único que es bueno y justo; esas mujeres van rotas y Jesús sale a su encuentro. María Magdalena llora desconsolada en el huerto, y es Jesús el que sale al encuentro. Aquellos hombres tienen las puertas cerradas por miedo a los judíos, y Jesús mismo se presenta. Está claro que ellos ni le piden ni le rezan, lo único que hay es la actitud de "reconfortar y consolar" -como dice Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales- que trae el resucitado. Es decir, hay una mirada de un Dios que se acerca para reconstruirnos, y que se acerca aunque no le llamemos.

Cuando yo hacía mi tesina en química, me encontré con un profesor magnífico, que había sido investigador en Alemania, y que me decía que cada mañana, al ir a investigar, tenía que pedir fuerzas a Dios, y que le costaba aquella tarea en la que después de gran cantidad de experimentos, no encontraba nada. Y que, en sus dudas de por qué los ateos podían experimentar si no creían en nada, en Viena llegó a la casa de Jung, en donde encontró escrita en la puerta una frase que decía: *llamado o no llamado, Dios estará presente; tanto si soy consciente y oro como si no oro, el estará presente*. Lo que tratamos ahora, no es de cumplimientos para llegar a perfecciones absurdas, sino de cómo podemos nosotros hacer experiencia y disfrutar de ese encuentro.

En mi tarea, trato con muchas personas que se quejan de no encontrar a Dios, de no sentirle, y yo les pregunto si se sienten a sí mismas, si se escuchan. Muchas veces, se trata de personas que viven “fuera de sí”, es decir, viven pendientes de otras personas, o de agrandar, complacer, no molestar, ganar el afecto a través de un servicio...pero no se sienten, no se escuchan, no toman contacto con ellas mismas. Es un tema importante, porque normalmente todo ese “hacer” lo enmascaramos con la palabra “servicio” y lo que realmente estamos haciendo, desde una debilidad psicológica, es comprar el reconocimiento, buscar que otros me den aquello de lo que yo carezco, lo que tampoco supone la gratuidad del amor que nos brotará del encuentro.

Una de las claves por las que muchas veces, en nuestro deseo, no llegamos a esa experiencia, está en que no estamos con nosotros; vivimos un ritmo que nos come la vida. Nunca hubo tanta enfermedad psicológica, tanta necesidad de apoyo terapéutico; nos agobian las preocupaciones del futuro, o damos vueltas al pasado, llenos de resentimiento, de dolor, de tristeza o de angustia y pocas veces vivimos el presente, que es el regalo que tenemos para “ser” en este instante. Muchas veces no somos dueños de nosotros mismos, nos dejamos manipular, no nos escuchamos. Cuando no hay sujeto, cuando no hay un ser humano que, en su

debilidad, sea él mismo, es bastante difícil este encuentro. Sin embargo observo que a lo largo de la vida, todos atravesamos momentos de crisis que nos van poniendo en “onda”. De vez en cuando vivimos situaciones que nos espabilan y nos dicen: “Sé tu”.

La vida es un camino, un camino en el que el ser humano es alguien que se sabe en camino. Sabemos que sólo andando el camino llega el ser humano a ser él mismo. Pero llegar a ser nosotros mismos es todo un proceso de madurez, y es básico también para la experiencia creyente, porque no es que Dios no esté -que claro que está- El nos busca, El de alguna manera sale a nuestro encuentro. El tema está si yo tengo capacidad de disfrutar de ese encuentro. En nuestro caminar siempre andamos despidiéndonos de maneras de pensar, de maneras de interpretar la vida, de costumbres, de fuerzas, de energías... y vamos encontrándonos con situaciones nuevas, que nos aguardan, situaciones donde esta experiencia puede ser posible. Anselm Grün, benedictino, y psicólogo alemán que escribe libros en este sentido de integrar la persona y la experiencia creyente, dice: *el sendero de mi propia vida me guía a Dios, que es la fuente de toda vida*.

Tal vez este camino, que todos recorremos con sus altibajos, y que está presente en todas las culturas, poco a poco nos va llevando. Hay veces que se produce la iluminación -como dirían los orientales- en ocasiones nos desprogramamos y somos capaces de escuchar y darnos cuenta de que Él está ahí, en lo más hondo de nuestro ser, en la relación que establecemos.

¡Qué importante es para nuestra fe la categoría de “encuentro”!. En el Evangelio, todas las experiencias de aquellos creyentes son experiencias de relación. No son experiencias de culto en el templo. Cuando Jesús aparece en la sinagoga, lo hace curando al ser humano, liberándolo. Él mismo se describirá cómo el que tiene la misión de sanar, liberar, ayudar al ser humano a ser persona. Cuando en el hondón del corazón somos capaces de descubrir esa presencia que nos ayuda a ser, se produce una gran alegría y una gran energía, que nos ayuda a vivir. Pero

no olvidemos que lo más importante del Evangelio tiene lugar en las relaciones entre aquellos hombres y mujeres y en la relación entre aquellos hombres y mujeres con Jesús.

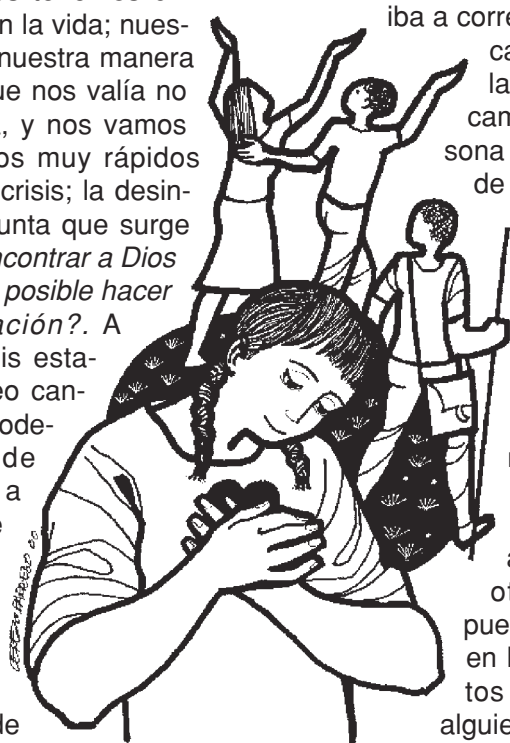
En psicología nos encontramos muchas veces con la gran división que hay dentro de la persona: por un lado va la mente y por otro el sentimiento, por un lado estás aquí sentado, pero la cabeza está muy lejos. Recuerdo un psiquiatra, Erick Berne, que solía preguntar a sus pacientes *¿Dónde está tu mente mientras tu cuerpo está aquí?* Tal vez tenemos ahí la causa de muchas desintegraciones personales. Todos tenemos crisis, nadie se libra de ellas en la vida; nuestras necesidades cambian, nuestra manera de ver la vida cambia, lo que nos valía no nos vale, la cultura cambia, y nos vamos viendo abocados a cambios muy rápidos que también nos producen crisis; la desintegración abunda y la pregunta que surge entonces es: *¿Es posible encontrar a Dios en la crisis? ¿En la crisis, es posible hacer una experiencia de sanación?*. A veces, en medio de la crisis estamos como el ciego Bartimeo cansados, diciendo que ya no podemos más, con ganas de dejarlo todo y de sentarnos a la orilla del camino porque no vemos qué tenemos que hacer. Ciertamente la crisis nos toca siempre, unas veces es la crisis personal y otra la crisis social, la crisis de tantas condiciones de vida inhumanas, la crisis de - como hablaban algunos autores- "la tercera muerte de Dios". 20 millones de mujeres contagiadas de Sida, muchas de ellas fruto de la violencia, relaciones no queridas, con contagio añadido. Estamos en un mundo muy deshumanizado, donde sabemos perfectamente que la economía es nuestro dios.

Sin embargo, atisbo brotes de esperanza, porque hay muchos grupos, incluso al margen de la Iglesia, grupos que promueven el respeto y la dignidad de la persona humana, la acogida de los diferentes, el cuidado de la naturaleza, la solidaridad... Es cierto también que en ocasiones, la crisis personal y la crisis

social que vivimos nos pesan como una losa. Aquellas mujeres que, en la mañana de Pascua iban a hacer su duelo al sepulcro, iban pensando quién les correría la losa, porque era muy grande. A veces, para una experiencia de Dios, esperamos que nos corran muchas losas que llevamos encima, losas de relaciones que no funcionan, losas de injusticias, losas de realidades que nos desagradan profundamente. Pero aquellas mujeres seguían andando. Lo que hay de grande en el que busca y anhela el encuentro con Dios es que sigue buscando. Aquellas mujeres no se rindieron pensando que, puesto que nadie les iba a correr la losa, no merecía seguir caminando...aún con miedo a la losa, ellas emprendieron el camino. Es la actitud de la persona madura que, aun en medio de la crisis, es capaz de buscar.

El Evangelio dice que, cuando llegaron al sepulcro vieron que la piedra estaba corrida...y añade, *eso que era muy grande*. Lo peor que nos puede ocurrir es que la crisis, personal, familiar, social, nos paralice, porque entonces apagamos la vida en nosotros. Yo encuentro la respuesta cristiana a esta situación en la contemplación de los textos del Resucitado, porque si alguien vivió la crisis fueron aque-

llos hombres y mujeres que habían dejado muchas cosas, habían encontrado sentido a su vida, habían conversado con Jesús, habían comido con él, habían compartido su pan, se habían llenado de ilusión con él... Y cuando aquellos hombres y mujeres se encuentran con que, al único que les parecía bueno, la injusticia tan grande de este mundo lo aniquila, lo quita de en medio, les surge la crisis de haber perdido al amigo, la crisis en la humanidad que es capaz de destruir al bueno, y la crisis hacia ellos por haber sido tontos... ¿para qué todo aquello, si finalmente acaba mal? Y una crisis hacia Dios, ¿cómo Dios pudo permitir que el que era bueno aca-



bara mal?. Nos ocurre igual a nosotros, muchas veces echamos a Dios las culpas de todos los males, y entramos en profundas crisis interiores.

En el libro de Job, en un momento dado, Job confiesa: *Hasta ahora sabía de ti de oídas, pero ahora he experimentado ,te han visto mis ojos...* Pues bien, aquellos hombres que estaban sumidos en lo más profundo de la crisis, y que por eso mismo no estaban, de ningún modo propicios a imaginarse que Jesús vivía, vieron algo y sus ojos cambiaron, se iluminaron. Los textos nos revelan cómo, en las crisis que todos atravesamos en la vida, el mismo Jesús se hace cercano para sanar y curar, incluso para transformar nuestras heridas, preocupaciones y conflictos, en oportunidades para vivir más auténticamente. Es esa capacidad de descubrir que, a la larga, aún las crisis más profundas nos ayudan a sacar algo bueno de nosotros. ¿Cómo realiza esto Jesús?. En el relato de Lucas, dice que *se les acercó Jesús y caminó con ellos...*(24,25).

Lo que a mí me sorprende es ver cómo respeta Jesús las leyes psicológicas del ser humano. Se les aproximó en su realidad -iban con el peso de la crisis- sin darles ninguna lección, ningún moralismo, ninguna teoría; se les acercó para que se desahogaran -es lo primero que necesita uno cuando está en esa situación. Y ellos que iban desencantados, discutiendo, empiezan a desahogar con aquel compañero de camino, sin prisas... En el proceso humano, como también a nosotros nos ocurre en la experiencia religiosa, no hay prisa, sólo necesidad de abrir los ojos. Lo curioso es que todo el relato muestra que nadie le descubre a la primera, *pero sus ojos estaban cegados...* Era imposible que fuera Jesús, ellos sabían que había muerto. El texto nos muestra la dificultad que tenemos las personas para abrir los ojos y decir: ¡Señor, estás aquí!.

En ocasiones lo vislumbramos por la paz de una realidad, de un encuentro, por la acogida de alguien que nos anima en la vida, por un texto que nos serena y nos da paz y gozo. Lo descubrimos en pequeños detalles de cercanía, de diálogo... pero nuestros ojos tienen

muchas veces bastante con el dolor o la crisis, y nuestra capacidad de rumiar... los humanos rumiamos mucho las cosas que no nos agradan, y ese darle vueltas y más vueltas nos enferma, nos obsesiona y nos llena de angustia, pero nunca nos cura. Aquellos hombres iban dando vueltas a todo lo que pasó, porque para liberarse de aquella angustia, no podían hacer otra cosa.

¿Por qué no captamos su Presencia, si está también aquí, en medio de nosotros, a nuestro lado cada día? ¿Por qué tenemos los ojos con tantas cataratas? San Juan de la Cruz nos dice que el contacto con Dios tiene lugar *del alma en el más profundo centro*, y cuando se pregunta cuál es su centro, termina afirmando que *el centro del alma es Dios*. Nos está diciendo que, cuando somos capaces de serenarnos, cuando nos encontramos a nosotros mismos con lo profundo, en el hondón, ahí está, seguro que está. Lo que ocurre es que, muchas veces, la vida que llevamos no nos permite ahondar, no nos permite la serenidad suficiente como para encontrarnos, cuando eso es precisamente lo que tenemos que hacer para descubrirle, porque es ahí donde está. Dice también San Juan de la Cruz que *María Magdalena y los discípulos, no vieron al Señor y después creyeron, es decir, no creyeron en Él por haber visto, sino que vieron porque habían creído ,porque se fiaron*.

Nosotros no sabemos poner nombre a las experiencias que llevamos dentro y que a veces son entrañables: cuando te encuentras con alguien que, desde su vida, te ilumina, te serena, te acoge; experiencias donde uno llega a sentir los efectos del encuentro, efectos que, como sabemos, son de paz, de ánimo, de alegría, de no tender a tanto poseer sino de seguir caminando, efectos que generan en nosotros deseos de compartir. La pedagogía de Jesús en esos encuentros es una pedagogía válida también para nosotros, cuando en la vida queremos ser unos para otros sanadores heridos, porque todos tenemos heridas, pero podemos ayudar a otros a sanar y otros pueden ayudar a sanarnos.

La pedagogía de Jesús es en primer lugar, **hacerse compañero de camino**. Jesús no se hace superior, Jesús permite el desahogo, acoge el dolor, da espacio para que el ser humano saque lo que lleva dentro. Ellos tienen una crisis tan fuerte que hasta han roto con el grupo y se han alejado de él. Jesús les había dicho *herirán al pastor y todos os dispersareis, pero yo os reuniré de nuevo en torno a la mesa*, pero ellos no ven salida, por eso como dice el texto, *iban discutiendo por el camino*, iban muy enfadados, como nos ocurre a nosotros que, cuando estamos en crisis, saltamos con mucha más facilidad. Después **Jesús ilumina ese dolor desde la Palabra**, cambia la perspectiva. Lo que nos impide muchas veces salir de la crisis, o hace incluso que enfermemos, es la perspectiva que tenemos: atribuimos con demasiada frecuencia nuestro malestar a los que tenemos a nuestro alrededor. No cabe duda de que todos influimos en todos, y que lo de otros nos influye, pero esa percepción nos enferma más. Yo suelo poner esta tarea a las personas: “cuando vuelvas dentro de 15 días, trae una lista de las cosas que no querías que esa persona de la que me hablas, cambiara o perdiera, es decir, cosas que valoras en esa persona a pesar de todo lo que te desagrada o te pone nerviosa de ella”. Con lo cual les estoy ayudando a cambiar la percepción hacia otros aspectos más positivos de aquella persona, aspectos que normalmente se olvidan cuando algo nos desagrada.

Jesús les habla de las Escrituras y cambia la percepción de estos hombres; les dice que el hecho de que el Mesías sea enviado de Dios no significa que no sufra. Es decir, los seres humanos sufrimos y Jesús, como ser humano, tenía que sufrir también, no podía saltarse las leyes de la humanidad. Les dice que no es extraño que el Mesías haya muerto y se lo explica desde las Escrituras, con lo que empiezan a cambiar su manera de ver el problema. Ellos, igual que nosotros cuando nos enfrentamos al problema del mal, entendían que, o “Dios no existe”, o “Dios es malo”. Lo mismo que decimos que “Dios está con nosotros” cuando las cosas nos salen como esperamos; son nuestros deseos de omnipo-

tencia, esos que llevamos dentro desde niños cuando decimos, “yo no puedo pero mi padre sí”. Es decir, lo mismo que mis deseos de ser todopoderoso se los endoso a alguien, le decimos a Dios que, si es poderoso, puede cambiar aquello. Y resulta que Dios se muestra en debilidad, *Jesús pasó como uno de tantos*, y asumió también en su vida la crisis que a nosotros nos toca. Eso es mucho más impresionante. Jesús tuvo que desarmar la teología que tenían en aquel tiempo de que, si Dios estaba con el bueno, al bueno todo tenía que salir bien, y tuvo que hacerlo para que pudieran salir de su dolor.

Ellos siguen dialogando, y vemos que el texto va adquiriendo una tonalidad mucho más cálida. Jesús es un experto en la relación humana, y es precisamente en esa relación donde se está dando el encuentro con Dios, la experiencia de Dios, el encuentro con Jesús. Podemos afirmar que el encuentro es nuclear en el ser humano, porque desde que nacemos, nuestra manera de pensar y de creer las debemos a las personas con las que hemos convivido y han sido significativas para nosotros. A medida que cambiamos de grupos significativos, nuestros horizontes van cambiando y van aumentando.

Jesús continúa con ellos y, finalmente, hay un encuentro muy bello, una cena de amistad en Emaús. Todos los textos de la resurrección nos presentan a Jesús compartiendo la mesa. Jesús nunca dijo que nos salváramos por nuestros rezos, o cultos, sino que él creaba espacios donde la persona se componía como persona y alababa a Dios; aquella mujer encorvada, de la que nos habla en Lucas 13, *se enderezó y daba gloria a Dios*. Lo que da gloria a Dios es que nosotros sanemos.

Jesús, de un modo entrañable, recoge a aquellos hombres heridos y cansados de la vida y cenan juntos; una cena, una comida, hay una cercanía especial. En aquel *pan partido* ellos vuelven a reconocer a Jesús. Y a estos hombres se les abren los ojos cuando Jesús parte el pan, lo bendice y repite lo último de la última cena: *Esto es mi cuerpo, mi vida, que se rompe por vosotros*. Y ellos recuerdan aquello, recuerdan que se rompió

en la cruz y se les abren los ojos: Es Él, está vivo. La cena no tiene sobremesa, no pueden contar cómo se ha sido... Jesús desaparece de sus ojos, pero no de su corazón. Tal vez nosotros por diversas circunstancias en la vida, el estrés, la velocidad, el consumo, el qué dirán, el complacer... no estamos en el hondón, no estamos en nosotros mismos, y no tenemos tiempo para abrir los ojos.

Nuestro Dios es un Dios que invita a la fiesta, invita a vivir, invita al gozo, y cuando en nuestras tareas no queda ese espacio para gozar, para compartirlo con otros, para disfrutar tomando un café con unos amigos, charlar con ellos, la vida se nos escapa. Tampoco nos queda espacio para reconocer esa "compañía entrañable" que se hace presente tanto cuando somos conscientes como cuando no lo somos.

Tal vez tengamos que situarnos nosotros hoy desde esos personajes, ver con quién nos identificamos. ¿Con alguno de los discípulos -uno de los cuales pudo haber sido una mujer- con los que, a pesar de todo, seguimos buscando? ¿O ya nos hemos instalado en la vida y lo religioso es para "alguna vez", para cuando viajamos en avión y nos da miedo? ¿Pensamos que lo importante es recoger pronto los platos y "que me paguen" como el mesonero? El mesonero representa la vida, tenemos que comer y vivir, cierto, pero el rendimiento económico nos está absorbiendo de tal manera que ya no nos dejamos sorprender por la vida. Hablar de orar es tanto como hablar de dejarnos sorprender por esa Presencia. Y será nuestro el escuchar, el serenarnos, el ser capaces de abrir los ojos.

Caravaggio tiene un cuadro espléndido sobre la cena de Meaux; en él se ve muy claramente que Jesús está indicando con el dedo hacia el pan de uno de los discípulos; está enterito, y el gesto parece hacer referencia al texto de la última cena que se revive allí: *Haced esto en memoria mía*. Yo recuerdo que cuando era más joven, algunos sacerdotes citaban las palabras de la consagración con miedo a equivocarse, eran como palabras mágicas. Sin embargo, lo que Jesús quiere decir es: *Igual que yo partí mi pan,*



intenté ser bueno como el pan, y partí mi vida, haced vosotros lo mismo, haced esto en memoria mía; los que coméis mi pan, los que comulgáis conmigo compartid el vuestro. Será tanto como decir, *si de verdad me queréis, haced lo mismo que los pequeños, o aquello de Pedro: Si de verdad me amas... Haced esto en memoria mía* es seguir como Jesús, acompañando en la vida a quien va bajo el peso de la crisis y, sentándonos a compartir el pan juntos dejar que nuestros ojos se iluminen.

Yo he tenido a veces esa experiencia de estar cerca de alguien que sufre, no saber qué decirle y notar que le vale que tú estés allí, cercano, y sentir una paz muy honda, como que algo misterioso se está produciendo; estamos acompañados en aquel diálogo. O en un diálogo con personas con las que compartimos la fe y nos acogemos, sentir una alegría... ¡ahí está!

La invitación de hoy es, justamente, para aprender a abrir los ojos, para descubrir ese misterio y empezar a ser nosotros mismos. No podemos separar esa construcción de nuestra persona, ni podemos separar en nuestra vida el ser compañeros de camino; somos unos para otros sanadores heridos.

ALICIA FUERTES TUYA
*Psicoterapeuta, Prof^a. de Psicología
Religiosa, Seminario de Oviedo
(Conferencia impartida en el Aula de
Teología de la Universidad de Cantabria,
año 2004)*